

Miradas Manufacturadas

Venecia no existe a menos que la mires con tus ojos, más allá de tu mente.

Cada obra, que quiere ser llamada una obra de arte, se expone a este dramático tribunal: quien no ve esa obra como una obra de arte, quien no la reconoce, la ve como un objeto entre otros tantos. Carmen no representa "Venecia". Venecia ya no existe excepto en los ojos del espectador. Carmen mete en escena los 'ojos' y Venecia ya no existe porque nadie la mira. Carmen lo hace, la hace vivir.

Para "mirar" la realidad, debemos atender menos a su representación y más a la mirada que se le dedica. Ver es "representar", construir una ciudad, sea la que sea, como si fuera una fábrica de piedra y agua. Como Venecia. El agua, de hecho, cambia, día tras día, la forma misma de esa ciudad que el "mundo" llama Venecia. El mundo imagina a Venecia como un lugar quieto, inerte, muerto. Venecia, por otro lado, como Carmen ya sabe, vive en "Fundamenta Nove", una de las partes más expuestas a la transformación gracias al agua, como vive en sus ojos.

Mientras lleva consigo a Venecia, en su memoria, como un tótem, una presencia previa incluso a sus obras, Carmen la "traiciona", como cualquier mejor artista. Cada ojo que se pone en escena, cada sombra de los ojos que parece estar en escena, regresa, después de 25 años, a su memoria sin regresar, en nada a su vida. Las sombras que ha logrado hacer, que perforan sus ojos, usándolas, son la clave para una mirada que ahora está muy lejos, que permanece, sin decir por qué.

Conocí a Carmen exactamente hace 25 años, en Venecia. Su mirada, incluso entonces, estaba versada en la escultura, que, por ahora, es ese arte de reconstrucción de la mirada y observación del presente, de la vida que a uno le gustaría estar presente, es decir: la recreación.

Después de 25 años, entre el mejor Brancusi, y una espléndida habilidad para "recrear" esa experiencia, ese año pasado en Venecia, sé, veo cuánto, las formas de Venecia, artísticamente hablando, Carmen con su arte, ha sabido volverse a cuestionar.

Venecia es un lugar que necesita formas de arte "suaves", como las de Carmen, para que podamos relatar, en primer lugar, un pasado.

La mirada de Carmen es ese pasado que regresa, en su forma más suave, con sus materiales, sus sombras, los vacíos en sus obras realizadas, que Venecia necesita. Venecia necesita esta amabilidad: menos memoria, más de recuerdo. Menos la pintura, más la escultura, a la manera y en la forma de quién, Venecia, vivió.

Emilio Raimondi
Noviembre, 2019

Este proyecto tiene su origen en Venecia, en las piezas que hice entonces para expresar el impacto que para mí supuso vivir en dicha ciudad. Desde entonces la idea de cómo se conforma nuestra manera de mirar, de percibir nuestro entorno y de entender la realidad que nos rodea me ha interesado profundamente.

Me doy cuenta de que entender todo esto viene condicionado por los referentes vitales, así como por los distintos escenarios en los que ha transcurrido mi vida; también de una manera fundamental, por las experiencias propias y las de quienes tengo cerca.

Con este pensamiento en la cabeza, disuelto y ambiguo, retomé el proyecto de “los ojos que miran para entender” y que había comenzado en Venecia.

El carácter de este proyecto está estrechamente relacionado y condicionado por la elección de los materiales con los que he trabajado. El hierro es el eje central de las piezas y constituye la esencia de la mirada, desprovista de carga emocional o de referentes externos. Es el ejercicio puro de la observación, de la mirada del ojo.

En este proceso constructivo, otro de los materiales utilizados es la piel. En algunas de las piezas, las formas que corresponderían a las pestañas están realizadas en este material. Estas pieles fueron curtidas por mi padre en su juventud. Me interesaba incluirlas por la fuerte carga emocional que para mí supone el poder encontrarles un nuevo uso. Son junto al trabajo de talla y soldadura, los elementos que yo asocio a la parte de masculinidad de mi trabajo y del desarrollo del proyecto.

Las “lágrimas” representan la sustancia de lo emocional, lo personal, la memoria, la herencia, la naturaleza única de mi propia mirada. Estas “lágrimas” sostienen también en algunos casos, el concepto de lo femenino cuando utilizo elementos realizados en crochet, que son claro homenaje y presente recuerdo de las mujeres de mi familia: mi madre y mis abuelas.

Las maderas provienen de restos descartados para la fabricación de instrumentos de lutería: ébano, palo santo, cocobolo, nogal americano, purpleheart. Me ha interesado la variedad de las texturas, su colorido, su versatilidad. Por otra parte encontré hermosa la idea de que estas maderas que tenían marcado un destino glorioso y que acabó truncándose, volvieran a poder ser utilizadas en la construcción, ya no de instrumentos musicales sino de esculturas.

Otra cuestión importante es la proyección de las sombras de los ojos sobre el muro. La realidad proyectada que adquiere incluso más protagonismo que la propia pieza. Las transparencias y las opacidades son tan determinantes compositivamente como los propios materiales.

Una segunda parte de la muestra la constituyen una serie de piezas en las que los distintos elementos constructivos de los ojos (pestañas de piel, lágrimas de madera, hierros, mallas metálicas, pupilas, bolas de crochet...) se descomponen y se distorsionan, cambian de dimensión y de disposición para después volver a reagruparse, reordenarse y conformar un nuevo discurso y una nueva sustancia. Es la puesta en escena de la evolución de la mirada.

El alejamiento definitivo de los referentes, de su origen y sus condicionantes. Es finalmente, la construcción de una nueva mirada personal. La mirada manufacturada.

Carmen Jabaloyes
Noviembre, 2019